

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

87 ¡¡¡Ezeiza!!! (II)



con Perón. Los de la teoría de “los boludos”. ¿Hubo, entonces, tres millones de boludos? ¿O cuatro como dicen algunos? La Jotapé no era tan multitudinaria. Lo que había que entender ese 20 de junio (si se entendía algo de política y de la historia de los pueblos) es que todos esos que marchaban por la Richieri iban en busca de una alegría, en busca de alguien que era un mito creado por sus enemigos, alguien a quien habían escuchado injuriar durante 18 años y de cuyo gobierno muchos tenían buenos recuerdos o estaban arrepentidos de haberlo enfrentado. Volvía lo imposible. Lo que jamás iba a volver. Tenía que empezar otro país. Otra etapa. Se sentía en el aire que algo cambiaba. No se construye porque sí una mitología como la del avión negro. Negro es el color de lo maldito. De lo prohibido. De lo execrado por el poder. Severino Di Giovanni se vestía de negro. Es el color de lo temible. De la noche. De lo que asusta. De los vampiros y de los cementerios. Los SS se vestían de negro porque querían encarnar el Mal. Pocas cosas tan fascinantes como el Mal. Por el Mal existe la historia humana. Por la desobediencia. Por Eva. Por la serpiente. Por el Ángel Caído. No habría historicidad sin pecado. Todo eso volvía. O sí no, sin vueltas: volvía Perón. Volvía el Viejo. Volvía ese tipo al que odiaba la peor argentina: la de los oligarcas, la de los ricos, la de los patrones, la de los milicos. Por eso se contaron por millones los que fueron a buscarlo. Les habían dicho que era nazi, que había torturado, que había robado, que había fornicado con adolescentes, que se lo habían culeado boxeadores negros, que era cobarde, demagogo, que se había casado con una puta, que había arruinado la educación argentina, que era un tirano, que... ¿qué más? Nada servía ya. “Perón y asunto arreglao.” “Habíamos apostado todo a una carta, la del pueblo en la calle”, dice Perdía (p. 170). El pueblo ya estaba en la calle. Yo supe de muchísima gente que fue suelta. Yo fui con Conrado Eggers Lan, que era el director del Departamento de Filosofía. Fuimos junto con Ariel Sibilleau, un querido compañero de la carrera y un erudito en filosofía. Fuimos los tres. Por las nuestras. Y así, miles. ¿De qué pueblo hablás, Perdía? ¿Sólo ustedes eran el pueblo? No te niego algo: *Sólo ustedes se proponían copar el acto.*

Es absurdo y patético contentarse con decir que los Montos no pensaban matar a Perón como acusó la derecha fascista. Por supuesto. ¿Cómo iban a querer matar a Perón si fueron a mostrarle que debía entregárseles, ser de ellos? “¿Ve, General? Este es el pueblo. ¿Ve qué banderas levanta? Las nuestras. Qué canticos canta. Los nuestros. Qué patria desea, la socialista”. Para que el general viera eso había que copar los 300 metros frente al palco. Matarlo, nunca. Convencerlo de que la Tendencia era, sin más, el pueblo peronista, sí. Escribe Miguel Bonasso: “Ambas organizaciones (FAR y Montoneros, JPF) se proponían vencer ‘políticamente’ y eludir el enfrentamiento militar, que (muy probablemente) sería buscado por ‘el lopezrreguismo’ y la ‘burocracia sindical’. No vamos a llevar ‘largas’, anunciaban los jefes en los días previos. Los responsables de la organización, que irían acotando las distintas columnas, llevarían ‘cortas’ para defenderse, en último extremo y sólo si resultaban atacados. Por cualquier medio había que tratar de no caer en provocaciones. Los cuadros medios e inferiores tenían dudas: ¿cómo evitar el ataque? Por medios políticos, con el peso arrollador del número. Con la metodología que había dado resultado el 25 de mayo.”

“Contradictoriamente, se planteaban una serie de movimientos con las ‘agrupaciones’ y los ‘frentes de masas’ para tener una presencia determinante frente al palco. Que era lo que el otro bando iba a tratar de evitar. Y no con ‘cortas’, precisamente” (Bonasso, *ob. cit.*, p. 706). Este texto de Bonasso explicita todos los errores de la conducción de la Orga. Primero: nosotros somos los buenos. Sólo llevamos armas cortas. Y para defendernos si somos atacados. No hay que caer en provocaciones. Los cuadros medios e inferiores (que seguramente sabían hacer política mejor que la conducción) se preocupan: ¿cómo evitar ser atacados? Bonasso responde: 1) Por medios políticos; 2) Con el peso arrollador del número; 3) Con la metodología que había dado resultado el 25 de mayo. Empecemos por (3). El 25 de mayo no es

el 20 de junio. Nadie enfrentaba a la Jotapé. Se adueñaron del acto con entera facilidad. Fue todo el país. No había bandas fascistas. Se divertieron hasta con los tanques del general Pomar pintándoles lo que se les cantara. Todo fue una fiesta. *López Rega no estaba decidido a actuar.* Perón no venía, no volvía. O sea, es una mentira o un autoembuste eso de la metodología exitosa del 25 de mayo. Salvo en un punto, y desdichado: los Montos quedaron agrandados después del 25. Ellos eran los protagonistas y tenían el supremo derecho de compartir la conducción con Perón. El delirio que permite entender muchas cosas es éste: *Conducción, conducción/ Montoneros y Perón.* Que, ya sabemos, por esas cosas de la rima pone a los Montoneros delante del viejo líder. La idea de la conducción que debía estar preparada para reemplazar a Perón en caso de su posible y ya cercana muerte obsesionaba a la conducción Montonera. ¿Quién les había dicho que Perón aceptaría compartir la conducción? Aquí falló Jorge Antonio. Porque si le dijo a Perón que no conocía “a los muchachos” debió haberles dicho a “los muchachos” que no conocían a Perón. Había un mal conocimiento de las dos partes. Perón ignoraba la tozudez, la terquedad de los Montoneros. Y los Montoneros ignoraban la egolatría, la megalomanía, el *God complex* (como dicen los norteamericanos: “el complejo de Dios”) de Perón. Ahora bien, el que aquí tenía más motivos para sostener su posición era el líder, el Padre Eterno. Era Perón. No sé qué se creería Firmenich, pero él (y toda la Orga) parecía desconocer que todo lo que habían conseguido lo habían hecho en nombre de Perón. Incluso la misma gente que ellos llevaban a Ezeiza iba antes por Perón que por ellos. No había política revolucionaria en la Argentina de 1973 al margen de Perón. Las masas eran peronistas, no montoneras. El pueblo era peronista. Lo venía siendo desde muchos años. Perón tenía razón en sentirse el líder y querer la conducción para sí. ¿Por qué la iba a compartir con esos pencheros alborotadores e infatuados? Pero los montos le querían imponer esa decisión: aquí vamos a conducir usted y nosotros. De aquí la idea de *copar* el acto. “Vea, General, toda esta gente es nuestra. O se recuesta en nosotros o se queda solo.”

El punto (1), el que responde que evitarían ser atacados “por medios políticos”, es ya un disparate. ¿Cuáles eran los “medios políticos”? “El peso arrollador del número.” ¿No leyeron a Cooke? Cuando el peso del “número” es “político y arrollador”, el número se transforma en fuerza. Eso logró la Tendencia: hizo de su número su “fuerza”. Eso vieron los fachos del palco: una fuerza que avanzaba sobre ellos. Una fuerza que coparía todo. Que los anularía. Que deslumbraría a Perón. Una fuerza que desplegaría cientos de enormes carteles con la palabra *Montoneros*. Había que impedirlo. Como mercenarios que eran, como asesinos profesionales, hicieron lo que mejor sabían: fuego a mansalva.

¿Qué esperaban los Montoneros que hicieran los del palco al ver la marejada humana que se les venía encima? ¿Qué esperaban que hiciera la *Comisión organizadora para el regreso definitivo del General Perón a la Patria*? ¿No sabían que la Jotapé había sido excluida de esa *comisión*? ¿No sabían que a Galimberti le habían cortado la cabeza en Madrid y que ése había sido un triunfo de la derecha en toda la línea? ¿No recordaban que en el acto en José León Suárez los de la *Juventud Sindical* tiraron a matar? ¿Ignoraban que la Comisión estaba compuesta por Jorge Osinde, José Ignacio Rucci, Juan Manuel Abal Medina, Lorenzo Miguel y Norma Kennedy? ¿Ignoraban que Abal Medina (el único sensato de la Comisión, el único que los respetaba y los quería) andaba en una silla de ruedas por un misterioso “choque” que había sufrido con su auto días atrás? En suma, la consigna de *copar el acto* fue una consigna de enfrentamiento, de choque, de quitarle espacios al enemigo, una guerra de posiciones y un envío de la propia tropa a una matanza segura. ¿Qué se hubiera debido hacer? Muy simple: sólo Firmenich y Cía. podían ignorarlo. La Jotapé debió ir a Ezeiza acompañando al pueblo, como parte de éste. Como parte de los 2 millones y medio de personas. Sumarse a la fiesta popular. Ir al acto con todos, no como la organización que va a coparlo.

Analizar a fondo la composición del palco. Advertir que jamás les permitirían copar los 300 metros sin que se desatarara una masacre. Ante esto, no aceptar ni provocar el estallido de la violencia. Permanecer incluso entre las masas, formando parte de ellas, con carteles pero sin copar nada. Insisto: ir a copar un acto es ir a una lucha, a un enfrentamiento. A la guerra. Esa actitud habría evitado el desastre. Perón habría aterrizado y el día habría sido lo que debió ser: un día de júbilo popular. Entonces... Después del 20 de junio buscar el diálogo con Perón. Establecer ese diálogo y en él pedirle su asistencia a un gran acto de masas convocado por la Jotapé. Y ahí sí: llevar a toda la militancia. Tenían algo de esto en la cabeza porque fue lo que dijeron después de la reunión de Gaspar Campos, en julio, cuando, por fin, Perón los recibió. Desde los altoparlantes de algunos camiones se anunciaba: “El general Perón prometió asistir a un acto organizado con toda la capacidad movilizadora de la Jotapé”. Falso, o mentían o Perón les había mentido. De todos modos, mintieron apenas salió *El Descamisado* y recortaron la foto que se habían tomado con Perón. Recortaron a Lastiri y López Rega. ¿Qué pensaban de los militantes? ¿Que eran todos impecables, perfectos boludos?

PERÓN: “ES MUY TARDE PARA MÍ Y MUY TEMPRANO PARA USTEDES”

El verdadero “apriete” al Viejo habría sido no arruinarle el acto de Ezeiza y luego —con la legitimidad intacta, sin “cuestionamientos” encima— pedirle un acto para la Jotapé. “Un acto con usted y para usted, General.” Pero nada de esto sucedió. Pudo más el deseo de imponerse a la derecha, de mostrarle (de entrada nomás) al General el poder de movilización de la Tendencia y luego empezar la guerra de facciones desde el papel de la víctima. Perón, enfurecido, fuera de sí, pronuncia, al día siguiente de Ezeiza, su discurso de la “etapa dogmática”: “Somos lo que *Las 20 verdades peronistas* dicen”. Se sacaba la máscara. Era un viejo autoritario, dictatorial, jodido, amigo de sus viejos amigos, gustoso entre tipos como Osinde y López Rega. Ya lo analizaremos: el discurso fue terrible. Menos para el conductor montonero Roberto Perdía. A él le sonó hasta casi suave. Al menos lo que escribe pareciera transparentar eso: “Al día siguiente habló Perón. Lo sentimos alejado de la actualización doctrinaria, el trasvasamiento generacional y el socialismo nacional; y próximo —en cambio— a los mensajes del peronismo tradicional” (Perdía, *Ibid.*, p. 171). Mirá vos, ¿cómo te diste cuenta?

Si nos detenemos un instante, si reflexionamos cuidadosamente ciertos elementos, hay algo que surge como un dato doloroso y probablemente determinante de muchos hechos que tejieron la trama de la gran tragedia. Se habrá notado que en nuestras descripciones de la Tendencia hablamos a menudo de la inmadurez, de las decisiones vanguardistas, del iluminismo, de la soberbia. Y en nuestras descripciones de Perón, de sus dobles mensajes, de ciertas actitudes inexplicables, de su próstata, de la operación de febrero del ‘73, de ese adormecimiento súbito que no pudo contener en tanto Abal Medina le hablaba, en suma, de su condición de hombre viejo. Si unimos —con una visión algo piadosa de los hechos— los dos elementos: la juventud de la Tendencia y la vejez del líder comprenderemos una anécdota muy honda que cuenta Fernando Solanas haciendo mención a un día en que, caminando por el parque de la quinta 17 de Octubre (a propósito de la filmación de *Actualización política y doctrinaria para la toma del poder*), Perón le dice: “La tragedia de esto es que es muy tarde para mí y muy temprano para ustedes” (Galasso, *tomo II*, ed. cit., p. 1091). La tragedia era aún más profunda. Porque no sólo era la de la vejez de Perón para mantenerse en el poder y la juventud de la Tendencia para tomarlo, sino la de la imposibilidad de ambos para entenderse, para poder caminar al mismo ritmo. Porque el líder está viejo y se aferra a las veinte verdades y los jóvenes son muy jóvenes y quieren tomar el cielo por asalto.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO
DOMINGO

!!!Ezeiza!!! (III)

IV Domingo 19 de julio de 2009